

LUIS AZAGRA L. S.J. *IN MEMORIAM*

Dra. Cristina Vargas-Irwin

En una conferencia sobre pedagogía ignaciana, el Padre Azagra comentaba cómo las circunstancias históricas bajo las cuales se funda una Orden marcan el tipo de educación que ésta brinda. A su entender, la educación impartida por la Compañía de Jesús estaba marcada por el Renacimiento: su énfasis humanístico, aún en las carreras técnicas y científicas, y su preocupación por lo individual. El Padre Azagra siempre fue una encarnación clara de este espíritu ignaciano, y han habido pocos terrenos más fértiles para el florecimiento de esta síntesis entre lo científico y lo humanístico que su paso por la escuela de Psicología de la UCAB.

Luis Azagra Labiano nació un 4 de diciembre de 1928 en Pamplona, España (“Soy vasco, pero no ejerzo,” solía decir). Meses antes de cumplir los 17 años comienza su noviciado en la Compañía de Jesús, para ordenarse en 1960, residiendo ya en Venezuela, a donde viaja por primera vez en 1950. Durante esta década pasa a formar parte del grupo de más de 40 jesuitas enviados a formarse en carreras civiles en diversas universidades del mundo, para así fortalecer el proyecto académico de la Orden; en palabras del propio Padre Azagra “para hacer realidad el sustantivo Universidad”. Durante este período, obtuvo una Maestría en Educación en la Universidad de Fordham, en el estado de Nueva York, donde su gran habilidad cuantitativa le permitió beneficiarse de la formación allí ofrecida por figuras de la talla de Anne Anastasi, una de las más ampliamente conocidas investigadoras en Medición Psicológica y Psicología de las Diferencias Individuales. Esta segunda carrera civil, aunada a sus estudios de Teología en Innsbruck, Austria, y en la Universidad Javeriana de Bogotá, por nombrar sólo una pequeña parte de su formación, dotaron al Padre Azagra de un acervo de conocimientos difícil de igualar. No creo conocer a nadie más que, habiendo sido Profesor de Física y Matemática, también pudiese leer a Eurípides en su idioma original y, según dicen algunos de sus hermanos jesuitas, fuese también un muy competente arquero de fútbol.

Sus dotes académicas y administrativas no fueron desaprovechadas. Sin pretender agotar en este breve espacio los logros de su extensa carrera, fue Director del Colegio San Ignacio entre 1966 y 1972, Vice-Rector Administrativo y Director de la Oficina de Proyectos de la UCAB, y consultor de Provincia y de la Casa, pero fue su más humilde cargo de Director de la Comisión de Tesis de la Escuela de Psicología lo que en esta ocasión quisiéramos resaltar. El catálogo de tesis (digno precursor de la actual versión computarizada) y el Índice de Pruebas Psicométricas fueron labor suya, dándole así continuidad y sistematicidad a la investigación en la Escuela. Bajo su égida, las tesis de grado pasaron de ser en su mayoría modestas aplicaciones clínicas a ser verdaderos trabajos de investigación: éste es uno de sus muchos legados a conservar.

Quienes tuvimos el privilegio de trabajar para él en la Cátedra de Estadística II gozamos de la oportunidad única de nutrirnos no sólo de prístinas explicaciones del Teorema del Límite Central, sino también de enriquecedoras discusiones sobre teología y ética. Compartimos en varias ocasiones la preocupación por la disparidad entre la formación académica y la formación religiosa, siendo que para los laicos la primera suele prolongarse hasta la edad adulta, mientras que la segunda rara vez pasa más allá de la niñez; como agudamente lo resumió él en una ocasión, tratar de desempeñarse en la vida adulta sólo con la fe aprendida en el Catecismo era tan apropiado como tratar de vestirse con el traje de la Primera Comuni3n. Esto, creo yo, era parte de su motivaci3n para ese doble rol (tan renacentista, tan Ignaciano), que para tantos de nosotros jugó el Padre Azagra: el de Profesor de Estadística y Profesor de Ética.

Aun cuando nuestras opiniones en cualquiera de estas dos áreas no siempre coincidieron, tuvo siempre la virtud de enfrentarnos a las preguntas importantes, ya fuesen los supuestos básicos de la inferencia estadística o las implicaciones éticas del 27 de febrero de 1989. Su ingenio y ocasional mordacidad podían ser polémicos, pero nunca hirientes o malintencionados. Sus comentarios más agudos estuvieron siempre reservados para sus superiores o sus pares, nunca para los que fuimos sus subordinados; fue un singular placer el verle intercambiar opiniones con rivales de talla, como el Dr. Fernando Rísquez, con quien el Padre Azagra no veía necesidad de medir sus golpes (en mi humilde opini3n, el Padre siempre ganó por K.O.). Quizás lo más llamativo en toda su didáctica era esa tan inusual combinaci3n de opiniones firmes y bien documentadas con una ausencia total de dogmatismo: pocas personas hicieron tanto como el Padre Azagra para hacer que estudiantes como yo, pertenecientes a minorías religiosas, nos sintiésemos miembros legítimos de una Universidad Católica.

Su preocupaci3n por el otro también tuvo siempre esa marca tan particular de interés genuino sin condescendencia, de compasi3n sin sentimentalismo, de compromiso sin aspavientos ni ostentaci3n: su labor pastoral en Carapita, en el Centro de Salud de Santa Inés y su direcci3n del Parque Social Manuel Aguirre son muestras evidentes

de ello. Mas característico, sin embargo, de su cristianismo de todos los días fue el gesto pequeño, el respeto cotidiano, la ayuda anónima en el momento de verdadera necesidad.

El 13 de junio del 2006, en su Pamplona natal, el Padre Azagra dejó de estar físicamente con nosotros. Su incalculable aporte a la Psicología científica en Venezuela había sido reconocido escasos meses antes, cuando la UCAB le otorgó el Doctorado *Honoris Causa* en Psicología. Créanos Padre, el honor es todo nuestro.